

La paz: nuevo nombre del desarrollo

Decía santa Teresa que el infierno está pavimentado con buenas intenciones. Quizá no sabemos si esto vale para el infierno "escatológico". Pero se cumple a la letra respecto del infierno en que los hombres hemos convertido a este planeta tierra. Las declaraciones fundacionales de Naciones Unidas o de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europeas son un monumento de intenciones inmejorables. Pero sus actuaciones (en Ruanda, en Somalia, en la ex Yugoslavia o en Irak...) no pueden ser más desalentadoras.

¿Por qué? La obra de V. Fisas *El desafío de Naciones Unidas ante el mundo en crisis* (Barcelona, 1994) aporta caminos válidos para solucionar este problema. El libro aparece con motivo del 50 aniversario de la carta de Naciones Unidas, con dos capítulos finales dedicados uno a Europa y otro a España, que nos acercan más la reflexión anterior. Me parece un libro que todo ser humano debería conocer, difundir y estudiar a lo largo del próximo año 1995. Cada capítulo va acompañado de un resumen de propuestas, que enuncian brevemente lo desarrollado en el capítulo.

La primera conclusión que sacará el lector es que, siendo la realidad innegablemente conflictiva, nuestro mundo que presume de racionalidad no tiene arbitrados los mecanismos mínimos de solución de los conflictos mundiales. Precisamente para eso nació Naciones Unidas, tras la atrocidad de la pasada guerra mundial. Y en Naciones Unidas trabaja un buen número de personas de ejemplar dedicación y notable espíritu de sacrificio.

¿Qué sucede, pues?

Sucede que el trabajo de Naciones Unidas se encuentra casi siempre bloqueado y manipulado por los gobiernos de los países más poderosos: comenzando por el absurdo derecho de veto de que disfrutaban los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, siguiendo con el dato de que precisamente esos miembros permanentes son los más morosos en el pago de sus cuotas a Naciones Unidas (p. 28). Continuando con la hipocresía de que el 90 por ciento de las armas vendidas entre 1988 y 1992 lo fueron por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad (p. 42) los cuales, además, no han firmado muchos de los pactos relativos a los derechos humanos propuestos por Naciones Unidas (p. 39). Y terminando con el detalle de que la Corte Suprema de Justicia de Naciones Unidas está casi inédita: en sus cuarenta años de existencia sólo ha tratado 60 asuntos y cuando falló contra el minado de los puertos a Nicaragua por parte de Estados Unidos, ésta retiró su aceptación de la jurisdicción de la Corte Suprema (p. 63).

La imagen que brota de estos y de otros datos parecidos es la de un mundo que acepta la democracia sólo en el interior de cada país, pero de ningún modo a nivel mundial: tenemos "mercado global", eso sí. Pero de ningún modo "democracia global". Incluso países bastante demócratas *ad intra*, resultan ser los más fascistas *ad extra*. Y el presidente Clinton puede hacer emotivos discursos celebrando el desembarco en Normandía y

asegurando que “el día más largo aún no terminado”; pero se calla que la frase podría continuar así: “ni nos interesa que termine porque nos sirve de magnífica excusa para imponer al mundo nuestra voluntad, so capa de defensa de la libertad”. Fisas lo dice de manera más suave, hablando de la sospecha generalizada de que Naciones Unidas sirve de “cobertura de voluntades hegemónicas de viejas y nuevas potencias” (p. 72).

La democracia mundial supondría aceptar unas reglas de juego mundiales (distintas de las que uno quiere imponer) y una autoridad mundial (distinta de la propia). Aquí se estrellan las buenas intenciones que pavimentan el infierno de este planeta y que están ya declaradas: pues el artículo 25 de la Carta señala que los miembros de Naciones Unidas “convienen en aceptar y cumplir las decisiones del Consejo de Seguridad” que, sin embargo, carece de fuerza para imponerse. ¿Por qué? Quizá porque el artículo 26 encarga a dicho consejo establecer un sistema de regulación de los armamentos (pp. 40 y 43). He aquí el gran caballo de batalla.

El resultado de esta falta de voluntad democrática mundial son irracionalidades como las siguientes.

Los problemas más significativos (alimentación, salud, educación) tienen en Naciones Unidas un costo anual de 8,500 millones de dólares. Exactamente *una centésima parte* de lo que los estados gastan anualmente en cuestiones militares (p. 21).

El presupuesto de Naciones Unidas en todo 1993 (1,600 millones de dólares) equivale al costo de un bombardero B.2 o al de un día de la operación “Tormenta del desierto” (p. 22).

Los servicios de Naciones Unidas sólo se solicitan cuando un conflicto está demasiado avanzado y no tiene solución (p. 55). La misma Naciones Unidas sólo actúa cuando los problemas mundiales afectan los intereses de las naciones poderosas y calla o se inhibe en los otros casos de derechos violados (Timor, los kurdos, Kuwait... p. 48).



En el quinquenio 1985-1989 se han vendido armas por un valor superior a los 34,000 millones de dólares, a nueve países en los que actualmente intervienen fuerzas de Naciones Unidas (Irak, Kuwait, Angola, Mozambique, ex Yugoslavia, Marruecos, El Salvador y Somalia). El 77 por ciento de esas armas fue exportado por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad (p. 82). El autor comenta esta irracionalidad aplicando el refrán de sembrar vientos y recoger tempestades: “si no quieres tener que enviar algún día fuerzas de pacificación a un país, tampoco te dediques a venderle armamento”.

Entre 1987 y 1991, la antigua Unión Soviética, Estados Unidos, China y el Reino Unido vendieron armas a Afganistán por más de 8,000 millones de dólares. Luego, casi no ha habido manera de reunir el 2 por ciento de esa cifra para ayudar humanitariamente a los afganos. Y lo mismo vale de todos los demás conflictos conocidos (p. 81). Los países exportadores de armas se parecen así al traficante de heroína que luego, cuando sus clientes tienen el SIDA, les regala aspirinas para tranquilizar su conciencia.

Si miramos a Europa, el presupuesto anual de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europeas es de 3 millones de dólares que equivalen al precio de un solo carro grande de combate. Mientras que la Organización del Tratado del

Atlántico Norte dispone de 2,000 millones de dólares anuales para hipotéticas intervenciones militares (pp. 179 y 175).

Y si miramos a España, entre 1988 y 1994, los presupuestos generales del Estado han asignado para operaciones de paz Naciones Unidas unos 2,500 millones de pesetas; mientras que los presupuestos del Ministerio de Defensa han sobrepasado los 5.6 billones de pesetas (p. 201). En 1994, los gastos *totales* de defensa ascienden a 1.5 billones de pesetas, mientras que España aporta sólo 237 millones a organismos internacionales vinculados con la paz, 1,242 millones para los organismos dedicados a los derechos humanos y asistencia, y 403 millones para los que abordan cuestiones ecológicas (p. 207).

El resultado final es un mundo en el que (¡prescindiendo ahora de las armas atómicas!) existen 45,000 aviones de combate, 172,000 carros de combate, 155,000 piezas de artillería, más de mil grandes buques de guerra, 700 submarinos y millones de rifles, morteros y otros artefactos (p. 151)..., mientras cada minuto mueren de hambre unos cien niños. Si esto es civilización, progreso y racionalidad, mejor borrarse de esa civilización, de ese progreso y de esa razón.

Porque, por otro lado, todo ese despilfarro en armas, en militarismo y en intereses del complejo militar industrial, *lejos de garantizar la seguridad de las naciones, constituye su mayor amenaza* (p. 191). En los años cincuenta, la población civil venía a ser un 50 por ciento de las víctimas de guerra; en los ochenta, pasó a ser un 75 por ciento, y en los 90, la población civil constituye el 90 por ciento de las víctimas de guerra (p. 109). Y mientras la guerra es tan increíblemente cara, la paz es increíblemente más barata (un solo ejemplo: el gasto militar de El Salvador, ayudado por Estados Unidos fue, en la pasada década, de 2,500 millones de dólares, que han supuesto 80,000 víctimas. La negociación y la paz sólo costaron 70 millones, p. 82).

¿Tiene algún remedio este mundo tan criminal? Al menos parece claro que la única solución ha de estar en una verdadera Organización de Naciones, que sean naciones *unidas* y no sometidas. Una Naciones Unidas que constituya una verda-

dera autoridad mundial con funcionamiento democrático, y tenga reservado todo o casi todo el ejercicio de la fuerza defensiva, mientras ésta sea necesaria y no pueda eliminarse, previniendo el estallido de los conflictos. Ambos objetivos están íntimamente unidos: que Naciones Unidas pueda usar la fuerza supone su democratización; de lo contrario, sólo se conseguirá repetir la atrocidad llamada guerra del Golfo (p. 141).

Semejante solución parecerá una utopía imposible si miramos sus *metas últimas*. Sin embargo, es ya posible *ir dando pasos* en esa dirección. Hoy ya no parece imposible que los individuos particulares o las ciudades, renuncien al uso de la fuerza, encomendando su defensa a la autoridad nacional. Y esto ha hecho, según el libro que comentamos, que los conflictos bélicos parezcan menos posibles en el norte, pues allí existen más mecanismos de regulación (p. 170). ¿Por qué no ha de ser igualmente posible a largo plazo ese mismo objetivo, referido a la relación entre los diversos países del planeta?

A lo largo del libro van apareciendo diversas propuestas en este sentido. Unas tienen aceptación más general, otras son más discutidas y el autor lo avisa sugiriendo las variantes alternativas.

Por lo que toca a la democratización de Naciones Unidas sirvan como ejemplo la supresión del derecho de veto en el Consejo de Seguridad y la ampliación de su composición más en consonancia con la realidad demográfica del planeta (p. 156): ampliación en número pero también en calidad, poniendo una serie de condiciones para poder ser miembro de dicho consejo, por ejemplo, no tener deudas con Naciones Unidas, haber suscrito los convenios de desarme y derechos humanos —Estados Unidos no ha ratificado la convención de Naciones Unidas contra la tortura, ni el pacto de protección de derechos civiles y políticos (p. 63). Y, en el campo militar, autoriza a los mandos norteamericanos a desobedecer cualquier orden de Naciones Unidas que juzguen “militarmente imprudente” (p. 103). Ese “planeamiento arrogante de ‘sólo vamos si mandamos nosotros’” como lo califica el autor (p. 108), puede ser un buen ejemplo de lo que antes calificué como democracia hacia dentro e imperialismo

hacia fuera—, acatar las decisiones de la Corte Suprema de Justicia, tener unos gastos militares inferiores al 3 por ciento del propio PIB, participar en las fuerzas de paz (p. 41). Convendría además que ningún país cotice más del 15 por ciento para evitar dependencia respecto de los grandes (p. 27: propuesta de Olof Palme). Y, con este mismo objetivo, dar entrada con rango codecisional a las 831 organizaciones no gubernamentales que allí tienen rango consultivo, para evitar la hipoteca a los gobiernos de los grandes países (p. 14), etc.

Por lo que toca a la transformación de Naciones Unidas en responsable de la solución de conflictos, se trataría muchas veces no de iniciativas nuevas, sino de cumplir lo ya establecido (por ejemplo, los artículos 39, 42, 43, 47). Pero además se podría comenzar en que cada país aporte a las Fuerzas de Mantenimiento de la Paz el 1 por ciento de sus gastos militares, ¡hasta que desaparezcan éstos! (p. 128); se debería pensar en la creación de un Servicio Civil Internacional sustitutorio; en un impuesto (por ejemplo del 5 por ciento) sobre el valor de las exportaciones de armas (p. 136). La existencia de unas Fuerzas de Mantenimiento de la Paz permitiría crear la figura de países protegidos por Naciones Unidas que, a cambio de esa protección, renuncian a sus propias fuerzas armadas (p. 135).

Fisas reconoce la tremenda resistencia de todos los países a transferir esas fuerzas a Naciones Unidas (p. 150). Pero, a la vez, el mismo Consejo de

Seguridad reconoció el 31 de enero de 1992 que, en lo sucesivo “paz y prosperidad son indivisibles”, que la paz y la estabilidad del planeta requieren la eliminación de la pobreza (p. 65). Sólo la impresionante riqueza que se dilapida en armas que (en teoría) tienen una misión sólo preventiva y cuyo mejor uso sería no ser utilizadas, sólo esa riqueza impresionante puede contribuir eficazmente a la eliminación de la pobreza, sin exigir demasiadas renunciadas al mundo rico. Y sólo la profunda democratización de Naciones Unidas como autoridad mundial, que dispone exclusivamente de material defensivo y que actúa con el consentimiento de las partes, puede llevar a cabo esa necesaria reconversión. Ello justifica el título que he dado a esta larga reseña, y que invierte una frase famosa de Pablo VI: en el futuro la pacificación es el nuevo nombre del desarrollo.

Sin este nuevo nombre (y sin los sacrificios que implica) parece evidente que la tierra no podrá resistir a su triple gran amenaza actual: la amenaza de una conflagración bélica total, la de una destrucción irreversible del ecosistema o la amenaza de una “guerra del hambre” que ya está comenzando con el fenómeno imparable de las migraciones. Una triple amenaza de la que no habrá que buscar responsables fuera de nosotros mismos.

José Ignacio González Faus